

# INFORMACION LOCAL

## La Exposición Internacional de Barcelona

### LAS PRIMERAS JORNADAS

Han sido, como era de esperar, dada la febril agitación de los últimos días, jornadas de júbilo, de exaltación ciudadana. Quienes suponían a la gran masa de la población vuelta de espaldas a Montjuich, habrán rectificado sus pesimistas augurios. El internacional certamen atrae hoy las miradas de todos los barceloneses, porque da la medida de la pujanza de la ciudad, de su fuerza creadora, del esfuerzo gigantesco que en su realización se ha empleado. Nadie puede ni debe permanecer indiferente. Sería suicida. Hay que asociar a esta magna manifestación industrial, científica y europea, nuestro porvenir, nuestro engrandecimiento futuro, con ansias nunca satisfechas de una mayor perfección y también de una mayor confianza en nuestros destinos.

Barcelona es grande. Barcelona, a pesar de sus inquietudes, de sus momentáneas convulsiones y de sus pasajeros extravíos, tiene conciencia de su grandeza, y sabe responder dignamente a los dictados de su deber, como lo está demostrando en las primeras jornadas de esta nueva etapa de su vida esplendorosa, con espontánea admiración de propios y extraños.

Los millares y millares de personas reunidas el domingo en la avenida y en

los jardines de la Exposición, hicieron una magnífica demostración de ciudadanía.

No de espaldas, de frente, a cara descubierta y con el semblante plétórico de alegría miró el pueblo la ingente mole del Palacio Nacional. Allí estaba nuestro augusto Soberano. Allí bajo la cúpula enorme, en el salón inmenso, los invitados para escuchar los discursos protocolarios y la palabra del Rey, vibraron al unísono, y al llenar el ambiente las frases solemnes de la inauguración, el entusiasmo se desbordó. Atraron el espacio los vítores y los aplausos, retumbaron los cañones, se oyeron los acordes de las bandas de música, tendieron su vuelo las palomas mensajeras de paz, se lanzaron al aire bombas de artificio, rasgaron la atmósfera los estridores de las sirenas, se soltaron los juegos de agua en las fuentes y prendió en los corazones, con la pureza de aquel líquido elemento, la esperanza firmísima de una total renovación de la ciudad para hacerla más culta, más hermosa, más digna de su historia y de su raza, de esa raza ennoblecida por el trabajo y por el ardor con que acomete las más arduas empresas.

La fe que pedía el poeta no nos falta. Hagámonos dignos, con nuestra conducta colectiva, de este radiante amanecer.

### El público en el recinto de la Exposición y en la plaza de España

El aspecto que presentaban los alrededores de la Exposición desde primera hora, demostraba elocuentemente que la ciudad se disponía a vivir un momento histórico, trascendental y sin precedente en sus anales.

Las brigadas de infinitos obreros, que horas antes ocupaban aquellos lugares, habían desaparecido, dejando, no obstante, como huella de su paso, el esfuerzo de su trabajo y eran ocupados por una multitud inculcable que iba y venía en todas direcciones, ávida de encontrar un sitio desde el que pudiera contemplar el espectáculo único que había de tener lugar horas más tarde.

La plaza de España estaba convertida en hormiguero de gente, que era engrosado constantemente por los andenes de la calle de Cortes que conducían hasta la Exposición millares de barceloneses.

Los favorecidos con invitaciones, podían trasponer los umbrales de la Exposición y entrar en la avenida de la Reina María Cristina, llamada antes vulgarmente de las Columnas. En la entrada de ésta se alzan cinco mástiles gigantes, en cuyos extremos superiores ondean las banderas de España, de la Exposición y de Barcelona, así como, en los restantes e infinitos mástiles, flamean las enseñas nacionales de todas las naciones que toman, oficial o particularmente, parte en nuestro certamen. El aspecto era imponderable y plétórico de luz y de color, por el auxilio que le prestaba un cielo intensamente azul y el esplendoroso sol de uno de los mejores días del mes de mayo.

Dentro del recinto de la Exposición, a medida que avanzaba la hora, era mayor el número de visitantes. Por momentos veíanse como las amplias avenidas, los hermosos jardines y los anchos paseos que conducen hasta las fuentes luminosas y a la gran cascada, iban siendo ocupadas por cientos de millares de personas, hasta el punto de que una hora antes de la anunciada para la inauguración del certamen, todo el espacio que había sido destinado a los invitados a presenciar la ceremonia en los jardines, había sido ya ocupado totalmente: en el recinto de la Exposición se había congregado una multitud superior a 300.000 personas.

Es indudable que jamás en Barcelona se había visto un acto de magnitud y de importancia igual; que nunca la gran urbe barcelonesa se había conmovido tan intensamente, tan profundamente como se conmovió el domingo y que no es probable que la sensación de la grandeza de la ciudad, de su pujanza formidable, pueda manifestarse en muchos años con una exteriorización tan brillante como la del acto de Montjuich.

El día de primavera, la mañana de mayo, hervía en júbilo y fervores entusiastas. La población engalanada con gallardetes y banderas, el movimiento de tropas, las vías públicas que eran ríos humanos, el ajeteado ir y venir de automóviles por todas partes, convidaban a suirse a la fiesta que conmovía a toda la ciudad.

### Preparativos

#### El paso de los Reyes para dirigirse a la Exposición

Desde la avenida de Alfonso XIII, cruce con el paseo de Gracia, hasta el Palacio Na-

cional, las tropas cubrían la carrera. Siguiendo las disposiciones dictadas al efecto, las compañías de desembarco de las distintas escuadras surtas en el puerto ocupaban el trozo del paseo de Gracia comprendido entre la avenida de Alfonso XIII y la calle de Valencia. A partir de este punto hasta el Palacio Nacional, formaban el trayecto fuerzas de infantería, caballería, artillería, ingenieros, etc.

Detrás del cordón de fuerzas militares, la multitud se apiñaba impacientemente esperando el paso de las reales personas.

La calle de Cortes, la plaza de España y la Avenida de América, de la Exposición, ofrecían un aspecto imponente. La ancha calzada resultaba insuficiente para la avalancha de automóviles que las invadía, y los amplios andenes laterales estallaban de público que se dirigió a pie al recinto del certamen.

Frente al Palacio Nacional, parte izquierda, se colocó la banda de alabarderos, y en la parte derecha una compañía del batallón de cazadores de Barcelona, con bandera y música.

Dando frente al Palacio se situaron las compañías de marinería de los buques españoles y las compañías de desembarco de las escuadras extranjeras.

A las once, todo el recinto de la Exposición estaba invadido por la muchedumbre. Avenidas, paseos, jardines, todo rebosaba de una ingente multitud pronta a exteriorizar su entusiasmo, mientras en la plaza de España la enorme cantidad de automóviles, que personas enteradas, calculan en más de treinta mil, creaba dificultades casi insuperables al tránsito, obligando a muchas distinguidas personas que tenían que concurrir al acto de la inauguración, a hacer a pie la ascensión hasta el Palacio Nacional.

A las diez y media de la mañana, SS. MM. y AA. RR., después de haber escuchado la misa que se dijo en la capilla de palacio, salieron de la regia mansión, en coches descubiertos, a la Gran Dumond, dirigiéndose a Montjuich.

En el primer coche iban los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria y en el que les seguía, el infante Don Jaime y las infantas Doña Beatriz y Doña María Cristina. En otras carrozas seguían las personas del séquito real.

Desde la salida de las reales personas del Palacio de Pedralbes, el gentío que esperaba su paso las aplaudió incesantemente; vitoreando con entusiasmo a Don Alfonso y a Doña Victoria, que contemplaban con visible complacencia las fervidas manifestaciones de cariño que les rendía el pueblo.

Las manifestaciones de afecto se prodigaron a todo lo largo del trayecto, pero donde tomaron proporciones realmente formidables fué en la plaza de España, en donde la compacta muchedumbre rodeó el coche de los Reyes y estuvo ovacionándolos y vitoreándolos durante largo rato.

### Llegada de los Reyes e infantas a la Exposición

A la entrada del recinto de la Exposición esperaban la llegada de las reales personas el presidente del Consejo, marqués de Estella; el director de la Exposición, marqués de Foronda; los ministros de Fomento, Economía Nacional, Instrucción, Justicia, Hacienda y Trabajo; el capitán general, el alcalde,

el gobernador, el presidente de la Diputación y otras autoridades, y el secretario de la Exposición, don Joaquín Montaner.

Dichas autoridades cumplieron a las reales personas a su llegada y se unieron, después, a la comitiva regia, dirigiéndose todo el recinto de la Exposición.

### Bendición del certamen

La comitiva regia se dirigió al Palacio de la Electricidad en donde debía celebrarse la ceremonia religiosa.

Allí esperaban el obispo, doctor Miralles y una numerosa representación del cabildo catedral.

Ante un altar levantado en el vestíbulo del palacio, a presencia de la real familia y las autoridades, el doctor Miralles, dió su bendición al certamen. El acto fué sencillo y conmovedor.

Seguidamente la comitiva regia volvió a ocupar sus automóviles, dirigiéndose al Palacio Nacional.

### En el Palacio Nacional

Como es sabido, la ceremonia oficial de la inauguración se efectuó en el Palacio Nacional, construido en la avenida de las Naciones, dando frente a la plaza de España y en el lugar de preferencia y de mayor realce de la Exposición.

El Palacio abrió sus puertas bajo el cuidado de los guardas de la Exposición y de los porteros de aquel magnífico edificio, vestidos de gran gala. Junto a las puertas habían sido instalados guardarropas de gran capacidad. Una hermosa alfombra conducía hasta el vasto salón central, que se presentaba deslumbrador a los ojos del visitante.

Al fondo aparecían los tronos reservados a Sus Majestades, colocados sobre un estrado cubierto de rica alfombra de seda carmesí y bajo hermoso dosel del propio color, y en el que resaltaba el escudo de la Corona española bordado en oro. Daban fondo al trono cuatro hermosos tapices de la Casa Real, representando escenas bíblicas. En la galería del salón, precisamente sobre el lugar que ocupaba el trono, estaba el palco reservado a la Banda Municipal de Barcelona, del cual colgaba una espléndida bandera española de seda, cuyos pliegues descansaban sobre el dosel real. Además, los restantes palcos aparecían colgados repositos con los emblemas regionales y provinciales de España, alternados con los que ostentaban cifras de la Monarquía española. El palco situado ante la puerta principal lucía un hermoso tapiz con las armas reales, y el de enfrente otro rico tapiz con el escudo de Barcelona.

Al pie del estrado había sido colocada una alfombra que señalaba el lugar que debía quedar libre ante SS. MM., y en los cuatro ángulos de ella prestaban guardia cuatro alabarderos vestidos con uniforme de gran gala y armados de alabarda, y porrones municipales.

A partir de dicha alfombra, quedaba el vasto espacio reservado a los invitados a la planta baja del Palacio. A la izquierda del estrado se hallaban los lugares que ocuparon el Ayuntamiento, la comisión de la Exposición de 1888, Cabildo Catedral, Diputación, obispos residentes en Barcelona, Audiencia, claustro universitario, jueces de primera instancia, funcionarios judiciales, jueces municipales, claustro del Instituto de Segunda Enseñanza y escuelas especiales.

Dando frente al estrado estaban los sillones dispuestos para los grandes de España, cuerpo de la Nobleza, títulos de Castilla, entidades culturales y económicas, grandes cruces y títulos pontificios y extranjeros.

A la derecha del estrado, los lugares para el cuerpo diplomático y consular y representantes de los comités extranjeros y Comité técnico consultivo.

En segundo término estaban los asientos reservados a los generales de la región y con mando en la plaza, comisiones militares, concejales suplentes, jefes de la Aduana, Correos y Telégrafos, altos funcionarios del Estado, provincia y municipio.

A las diez y media comenzaron a llegar los invitados, que iban ocupando los lugares que les estaban reservados. Los caballeros vestían todos de frac o uniforme, con condecoraciones, y las damas de traje de corte. Las corporaciones oficiales entraban en el salón precedidas de sus maceros, ujieres o porteros con sus trajes de ceremonia; los grandes de España, mayordomos de S. M., gentilhombres, maestranes y los caballeros de las órdenes militares lucían sus vistosos uniformes, haciendo todo ello que la sala presentara un aspecto verdaderamente deslumbrador.

Los palcos de la galería y las gradas que lo continuaban ofrecían, asimismo, sorprendente efecto, viéndose ocupadas totalmente por público distinguido.

Dar una relación de nombres, sería tanto como hacer interminable esta reseña y además nos presentaría el peligro de incurrir en sensibles omisiones que serían doblemente lamentables para nosotros por la calidad jerarquía y representación de los reunidos. Digamos tan sólo que todas las manifestaciones de la vida nacional en sus múltiples variedades y aspectos estaban representadas en aquel salón y que en él figuraban, asimismo, representantes de numerosos municipios y diputaciones españolas, que quisieron prestar al acto inaugural de nuestra Exposición el relieve de su presencia.

### Entrada de las reales personas en el Palacio Nacional

A las doce en punto llegaron al Palacio las reales personas, la presencia de las cuales fué saludada con la «Marcha Real», interpretada por la Banda Municipal, y con un entusiasta aplauso general y prolongado e innumerables vivas a los Reyes por parte de los concurrentes a la ceremonia. Fué un momento solemne.

Don Alfonso vestía de almirante de gran gala y lucía condecoraciones. Doña Victoria lucía elegantísimo traje de color beige, y las infantas realizaban su belleza con preciosos trajes de seda blanca; el infante Don Jaime, de caballero de Calatrava; el príncipe Canuto, de Dinamarca, de lugarteniente de la flota danesa, y el príncipe de Udina, de Italia, de general del ejército italiano.

S. M. pasó a ocupar el trono, sentando a su izquierda su augusta esposa; príncipe Canuto, infantas Don Jaime, Doña María Cristina y Doña Beatriz, y príncipe de Udina. Tras de las reales personas permanecían en pie, el duque de Macedonia, el de Miranda, el marqués de Bendaña y el conde de Xauen. De pie y a la derecha de S. M. se situó el jefe del gobierno, general Primo de Rivera, con el gobierno en pleno; el cardenal arzobispo de Tarragona, doctor Vidal y Barraquer; el presidente de la Asamblea, señor Yanguas; grandes de España, mayordomos y gentilhombre de servicio; el conde del Asalto, el marqués de Vereda de Linea, las ayudantes de S. M. y los representantes diplomáticos extranjeros. A la izquierda, e igualmente de pie, estaban los generales Sanjurjo, Barrera y Milans del Bosch; el barón de Viver, el conde del Montseny; la duquesa de San Carlos, las condesas del Puerto y de Campoalegre y la marquesa de Castellodors.

Frente al estrado, estaban el marqués de Foronda y el de Marianao, el conde de Egara y los señores Ramón, Alvarez Olivella, Llansó, Trias, Martí Ventosa y Torras (don Francisco).

Abierto el acto, en medio de un gran silencio, S. M. concedió la palabra al marqués de Foronda, director de la Exposición.

### LOS DISCURSOS

#### El del marqués de Foronda

Este avanzó hasta S. M. y después de saludar reverentemente, leyó ante el micrófono las siguientes cuartillas:

«Señor:

Fué en estos mismos días del mes de mayo de 1888, cuando V. M., acompañado de su augusta madre la Reina Regente Doña María Cristina, inauguró la Exposición Universal de Barcelona, y nuestra ciudad, que siempre vivió en aquel certamen una de las causas primordiales de su maravilloso desenvolvimiento, conserva tan vivo el grato recuerdo de aquella regia visita como es el dolor de no poder, en este solemne acto, compartir con tan egregia dama el homenaje de agradecimiento, respeto y cariño que ofrece a Vuestras Majestades la Exposición Internacional de Barcelona.

Conforta, sin embargo, nuestro espíritu la seguridad de que su alma inmortal, siempre noble y generosa, vela por nuestra obra y seguros estamos de que la bendición de Dios, que nos condujo al éxito, es debida a la meditación de aquella dama excelsa que, por sus acrisoladas virtudes, fué ya en vida venerada por nosotros, no ya como una Reina, sino como una Santa; Santa María Cristina, Reina y Madre de los españoles.

No es pues de extrañar, Señor, que habiéndole erigido un altar en nuestros corazones no podamos, al dirigirnos a V. M., substraernos al deseo de rendir culto a su sagrada memoria, honrando con ello a España y a V. M. y honrándonos también a nosotros mismos.

Desde aquella Exposición viene la Ciudad sintiendo la nostalgia de la grandiosidad de aquellos actos, de la esplendidez de sus fiestas, del impulso en la prosperidad de sus industrias y en el desarrollo de sus relaciones comerciales; y fué por este motivo, que, cuando en 1913 la Asociación de Industriales Electricistas, presidida por don Juan Pich, solicitó el auxilio del Ayuntamiento para la celebración de una Exposición de material eléctrico, se hizo sentir la presión de aquel recuerdo en la opinión pública, manifestándose afanosa de que, en el caso de celebrarse una Exposición, ésta sobrepusese por su importancia y esplendor a la de 1888. De aquí la formación de una Junta, presidida por el alcalde de Barcelona y constituida por distinguidas personalidades de los diversos sectores de la vida ciudadana, formando parte de ella, como Comisarios, los señores don Francisco Cambó y don Juan Pich, y designando V. M., como Comisario Regio, al segundo Marqués de Comillas, de honrosa memoria. Todos ellos pusieron el mayor empeño en llevar a cabo los trabajos iniciales de la proyectada Exposición y a todos debemos reconocimiento por su esfuerzo.

No es posible pretender relatar, en este solemne instante, la génesis y desenvolvimiento de la Exposición, que V. M. va a inaugurar; pero sí, al consignar las princi-